

Tiempo de pasión, muerte y resurrección

por Jesús María Silveyra

Todo el mundo sufre, pero a nadie le gusta hablar del sufrimiento. ¡Increíble, pero real! Como si fuera un insulto hablar del sufrimiento, del dolor y la muerte. En realidad, lo que ocurre, a mi modesto entender, es que se ha dejado de lado la esperanza en la resurrección y en la posibilidad de una vida eterna. Sufrimos, pero no queremos aceptarlo y mucho menos, creer que luego de la muerte puede haber una vida nueva donde: “no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor, porque todo lo de antes pasó”, como nos dice el libro del Apocalipsis (21,4). Hoy en día, hasta se esconde el dolor, quizá, por un falso temor a ser esquivado, rechazado, eludido y marginado. Y cuando hablamos de sufrimiento y dolor, no sólo nos referimos a enfermedades físicas, sino también a problemas afectivos, psicológicos, espirituales, laborales, sociales, etc...

La pasión, muerte y resurrección de Cristo son un camino de enseñanza para el mundo del dolor y el sufrimiento. Nadie los desea, ni él mismo lo deseó: “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz”, pidió Jesucristo durante la oración en el huerto de los olivos. Sería casi ridículo querer sufrir, contradictorio y hasta masoquista. Pero esto es así, visto desde el punto de vista de la humanidad caída, herida por el pecado y la muerte. Cuando se considera el dolor y el sufrimiento, desde un punto de vista espiritual y trascendente, éste puede ser purificador, liberador y salvífico, como lo fue en el caso del hijo de Dios. Aceptarlo y ofrecerlo. “Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya”, agregó el Señor en su oración en el huerto. Y la voluntad del Padre fue que debía ser arrestado esa misma noche, entregado por el beso de Judas, escupido, insultado, abofeteado, negado por Pedro y más tarde conducido ante Pilato. La voluntad del Padre era que entregara su vida para la salvación de toda la humanidad, incluso de aquellos que lo azotaron, le colocaron una corona de espinas y, finalmente, lo crucificaron.

El deseo de dejar de sufrir, lo lleva al Señor a exclamar desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Es lógico. Todos los que sufrimos por alguna causa, no queremos vivir el dolor. Sin embargo, cuando el sufriente se entrega, llega la paz interior, cierto alivio y sosiego. “En tus manos entrego mi espíritu”, exclama finalmente antes de exhalar el último suspiro y decir: “Todo se ha cumplido”. La catequesis de la cruz, a mi modo de ver, es muy simple: ante el dolor y el sufrimiento, entregarnos por completo en las manos de Dios. Es una entrega absoluta, que puede llegar hasta “dar la vida”. Esa entrega nos redime del dolor y el sufrimiento, nos sumerge en el interior de nuestra existencia, hasta reconocer nuestra pequeñez humana y exclamar: soy una criatura Señor, ya no deseo sufrir, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

La catequesis de la cruz nos conduce indefectiblemente a la Pascua, al passover, al pasar sobre la muerte y encontrarnos con el alba de domingo, con la piedra removida y el sepulcro vacío, con las mortajas y el sudario doblados, con el llanto de María Magdalena

y el asombro de Juan y de Pedro. “No lloren por el que está vivo”. La catequesis de la cruz nos conduce a la resurrección y al Señor apareciendo en el Cenáculo en medio de los discípulos, diciéndoles: “¡Shalom! ¡La paz esté con ustedes!”

Por esa razón, si lo que nos toca vivir es “un tiempo para llorar” (como dice el Eclesiastés), porque estamos sufriendo, no perdamos de vista que vendrá “un tiempo para reír”, de gozo y alegría, de resurrección y liberación, que debe alimentar siempre nuestra esperanza contra toda desesperanza. La pasión, muerte y resurrección del Señor, son el mejor camino de aprendizaje. Tratemos de vivirla con intensidad en estos días que nos separan del domingo de Pascua.